Eugenio Alburquerque

El sueño de Juanito Bosco

CCS

Eugenio Alburquerque

El sueño de Juanito Bosco

Ilustraciones de Sara del Valle

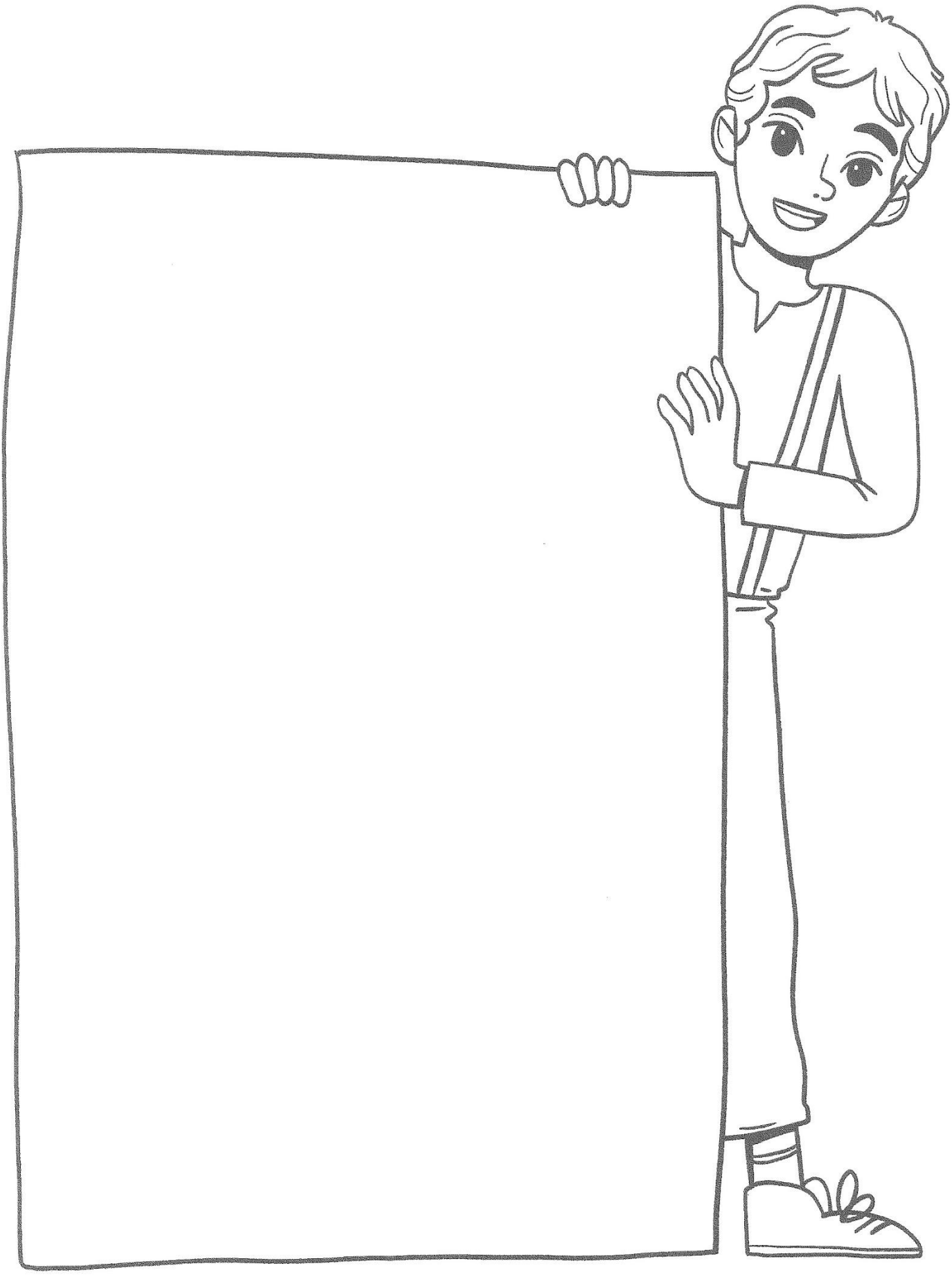
CCS

Hola, soy Don Bosco. Así me llaman ahora en todo el mundo, y quiero contarte un sueño que tuve cuando tenía solo nueve años; entonces todos me llamaban Juanito.

Yo era un niño pobre. Mi padre había muerto cuando yo no había cumplido todavía dos años. Vivía con mi madre, mi abuela y dos hermanos en un caserío de un pequeño pueblo de Turín, en Italia.

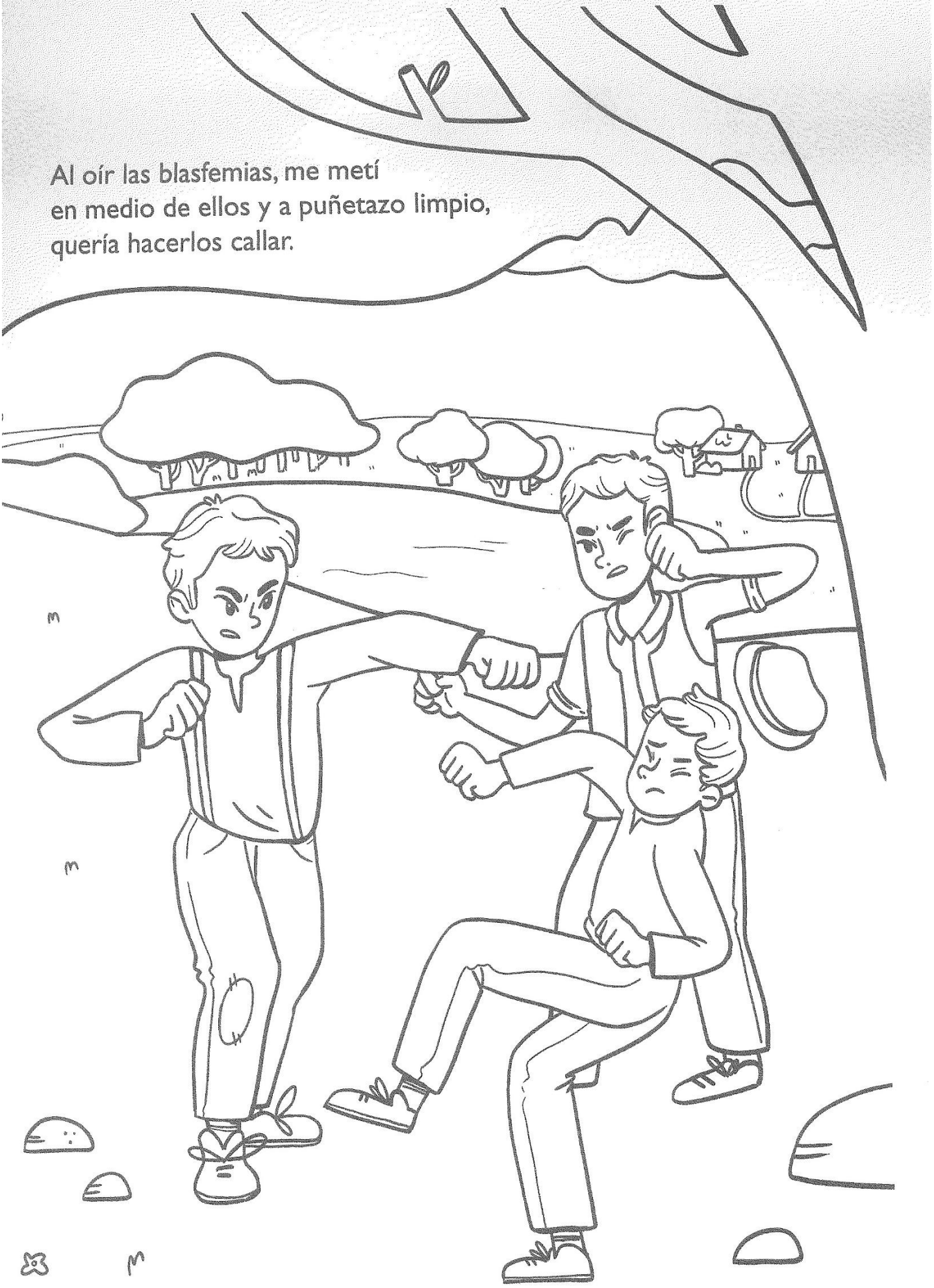
Éramos pobres; eran tiempos de pobreza y de hambre. Desde muy pequeño tuve que trabajar en el campo y cuidar las vacas. Pero el sueño que voy a contarte cambió mi vida. Me llenó de alegría y de ilusión. Aunque yo entonces no lo comprendía bien, se me quedó grabado en el corazón para toda la vida. Nunca lo olvidé. Cuando ya fui mayor, un día se lo conté al Papa y él mi pidió que lo escribiera y lo contara. Hoy te lo voy a contar a ti.

A lo mejor ya tienes alguna estampa de Don Bosco. Ahora me gustaría que buscaras una estampa o un dibujo de cuando era niño, de cuando era Juanito, y la pegaras en la página siguiente, para que nunca te olvides de mí y de mi sueño, porque yo quiero ser tu amigo.



Una noche soñé que estaba en un prado muy grande, cerca de mi casa, y que en el prado había muchos chicos que jugaban, saltaban, gritaban, reían. Algunos discutían y se peleaban y no pocos decían palabrotas y blasfemias.

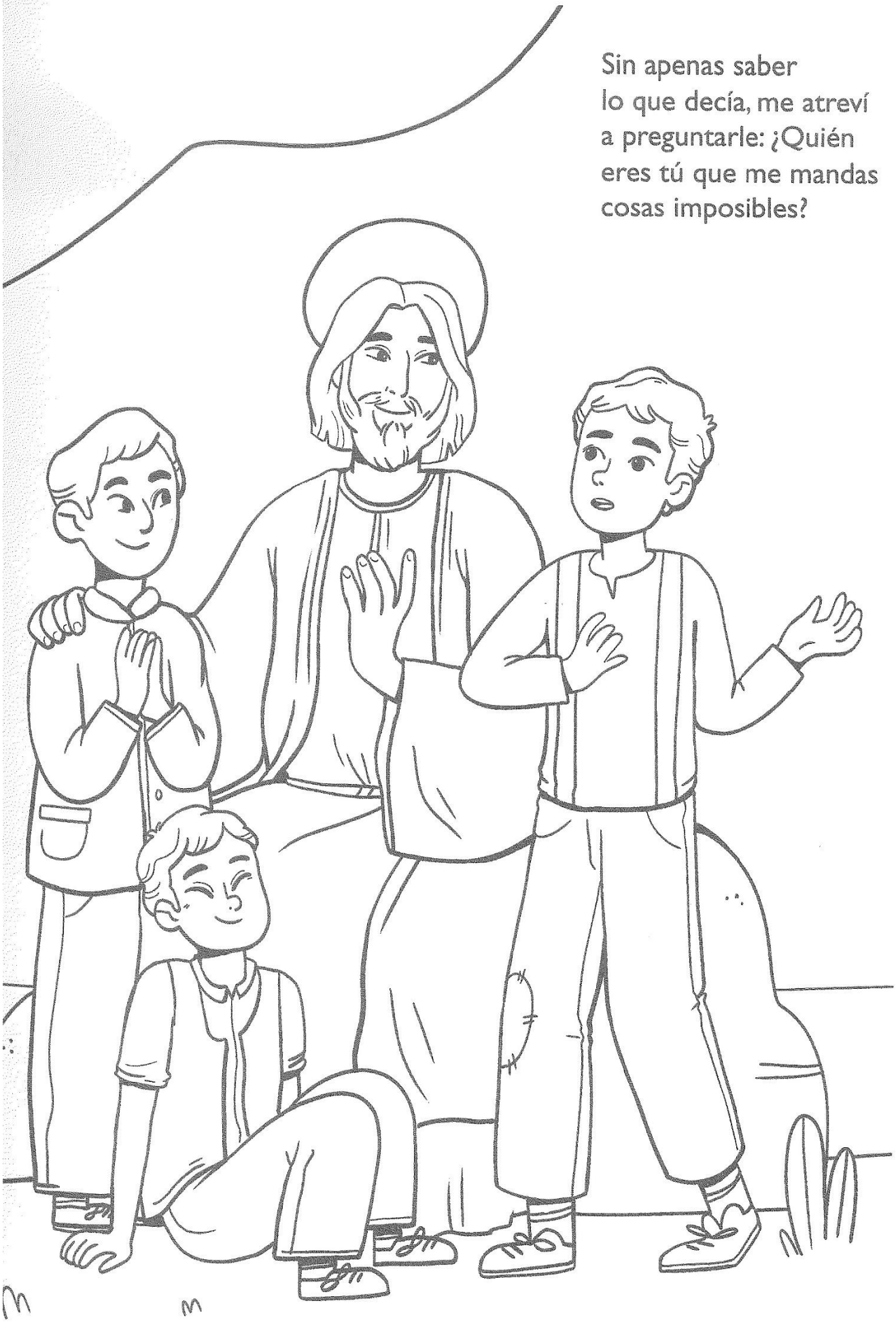
Al oír las blasfemias, me metí
en medio de ellos y a puñetazo limpio,
quería hacerlos callar.



Entonces se me apareció un hombre con un rostro luminoso, que iba vestido con un manto blanco. Me llamó y me dijo: «Juanito, ponte a la cabeza de todos estos muchachos»... «Pero no con golpes, sino con cariño y amabilidad te harás amigo de ellos. Enséñales a hacer el bien y evitar el mal».

Me quedé aturdido. No sabía qué decir. Yo era un niño pobre e ignorante y no me sentía capaz de hablar, de enseñar y ayudar a aquellos muchachos. Pero, sin darme cuenta, en aquel momento cesaron el alboroto, las peleas, los juegos y las blasfemias. Y todos se pusieron alrededor del hombre que hablaba.

Sin apenas saber
lo que decía, me atreví
a preguntarle: ¿Quién
eres tú que me mandas
cosas imposibles?



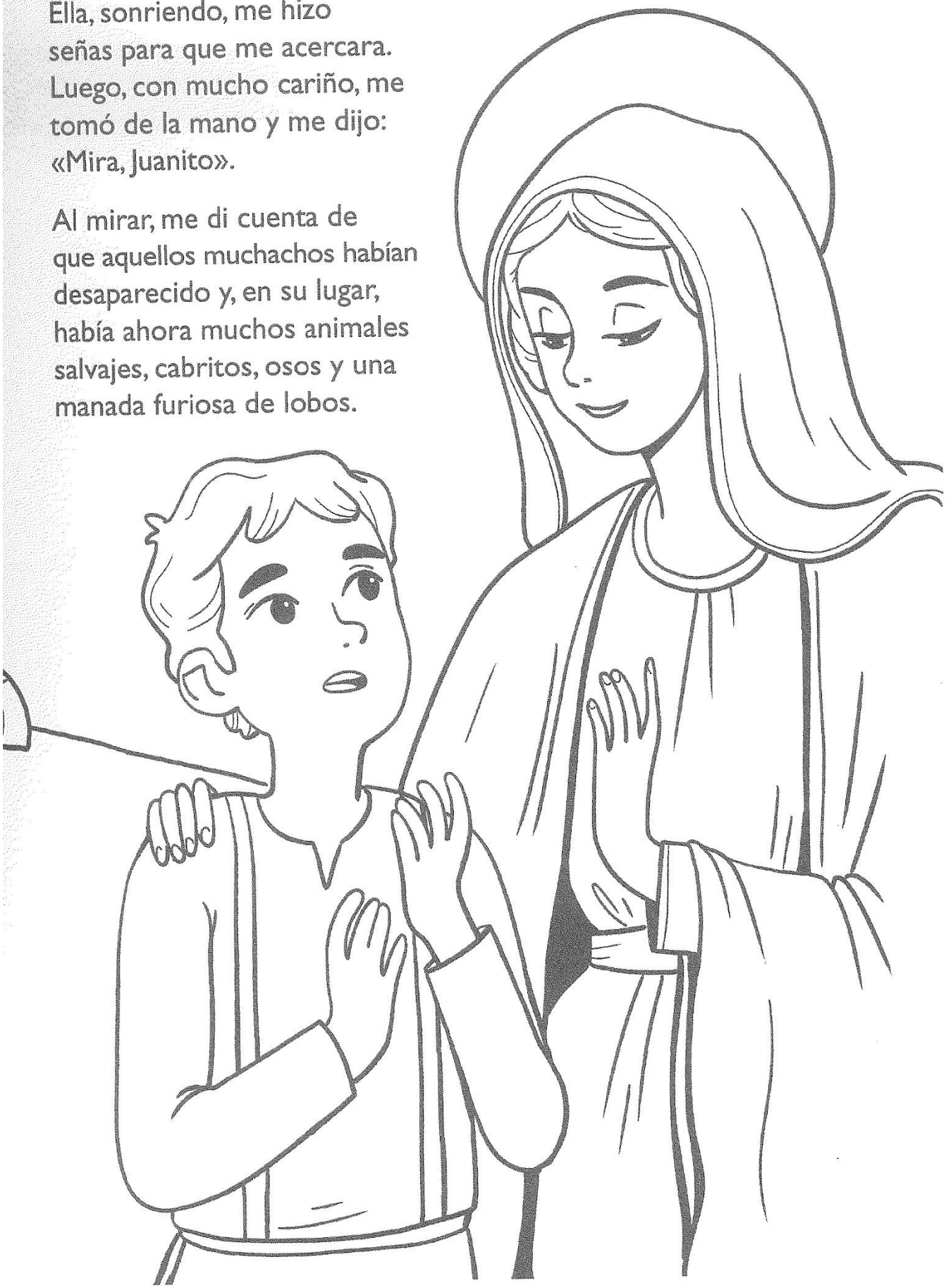
Entonces, él me aseguró: Yo te daré una maestra con la que podrás llegar a ser sabio y las cosas que te parecen imposibles, las harás posibles.

Era una promesa estupenda para mí que, por ser pobre y vivir en una aldea, no podía ir a la escuela. Pero no me fiaba del todo. Por ello, le volví a preguntar: ¿Quién eres tú que me hablas de esta manera? Y él me dijo: «Yo soy el hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día. El nombre pregúntaselo a mi Madre».

En ese momento vi junto a él a una mujer majestuosa, vestida con un manto resplandeciente, como si estuviera tejido con estrellas. Y yo me quedé ya totalmente desconcertado.

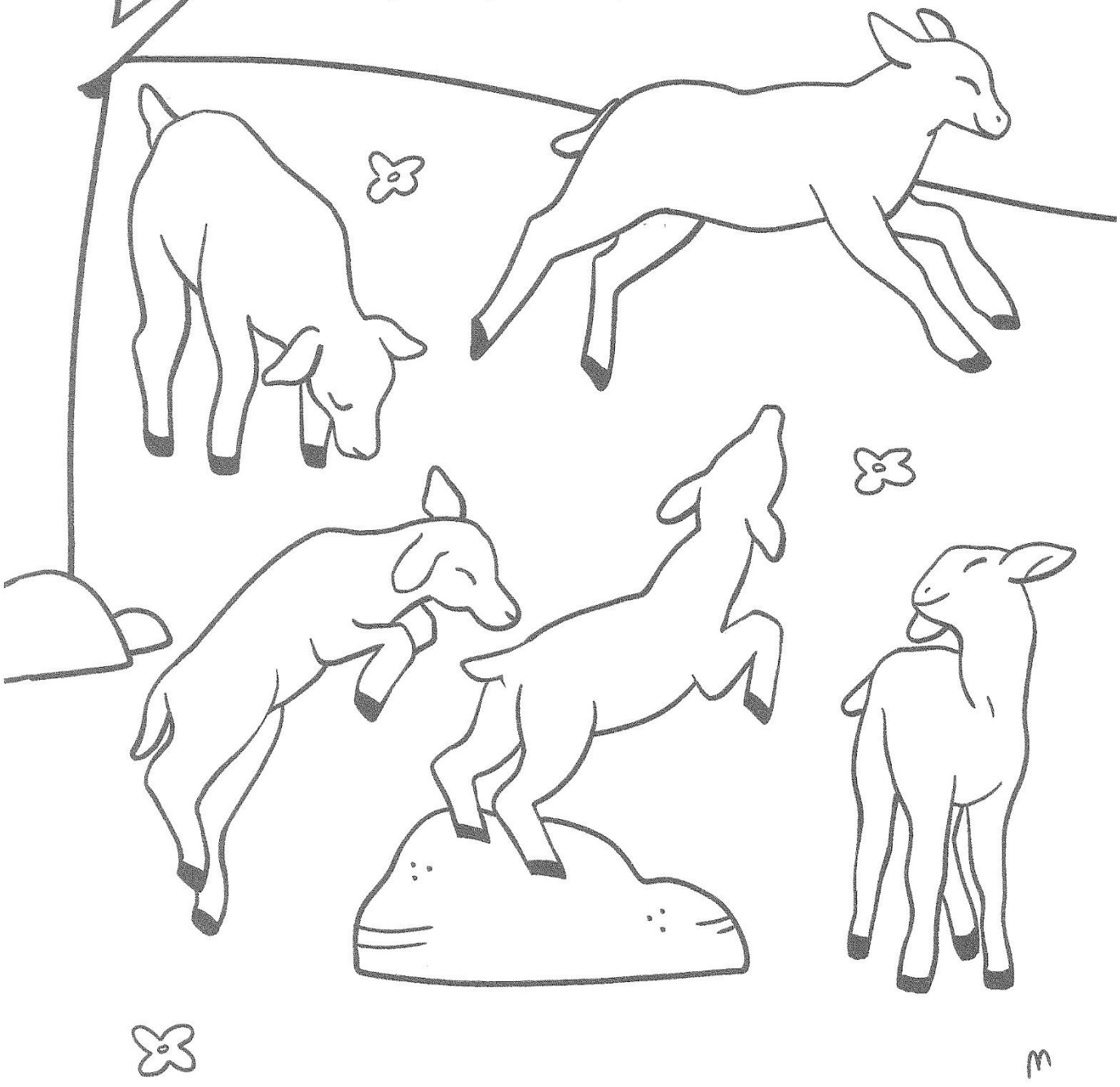
Ella, sonriendo, me hizo señas para que me acercara. Luego, con mucho cariño, me tomó de la mano y me dijo: «Mira, Juanito».

Al mirar, me di cuenta de que aquellos muchachos habían desaparecido y, en su lugar, había ahora muchos animales salvajes, cabritos, osos y una manada furiosa de lobos.



«He aquí tu campo, es aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto; y cuanto veas que sucede ahora con estos animales, lo tienes que hacer tú con mis hijos», me dijo la señora.

Entonces volví la mirada y no estaban ya los animales feroces. En su lugar aparecieron mansos corderitos que balaban, saltaban y corrían alrededor de aquel hombre y de aquella mujer.



Asustado, yo me eché a llorar, porque no comprendía nada; y le volví a pedir al hombre que me lo explicara todo. Y entonces la señora me puso la mano en la cabeza y me dijo: «A su tiempo, todo lo comprenderás».

Cuando terminó de decirme esas palabras, sentí un ruido muy fuerte y me desperté. Estaba muy aturdido. Sentía un fuerte dolor en la cara por las bofetadas recibidas y tenía las manos molidas por los puñetazos. Y todo lo que había visto y oído estaba en mi cabeza. No se me iba. No pude ya dormir durante toda la noche.

Por la mañana, cuando me levanté, conté enseguida el sueño en casa, a mi madre, a mi abuela y a mis hermanos. Cada uno lo interpretó a su manera. Mi hermano José dijo: «Tú serás pastor de cabras y de ovejas». Mi hermano Antonio, con tono seco y duro: «Tal vez termines siendo capitán de bandoleros». Mi madre, emocionada: «Quién sabe si un día llegarás a ser sacerdote». Pero mi abuela, que era muy sabía, aunque no sabía leer ni escribir, sentenció: «No hay que hacer caso de los sueños».

Y tú, ¿sabes qué sueño tiene Dios para ti?

(Dibújalo y descríbelo en dos o tres líneas).